

La carrera del cristiano

Hebreos 12:1

Introducción:

Este pasaje nos presenta:

1. Una carrera que todo cristiano debe correr
2. Obstáculos que todo cristiano debe superar
3. Una gracia que todo cristiano debe cultivar: La paciencia
4. Un estímulo que a todo cristiano debe animar

“*Por tanto*”, nos pone en relación con la última parte del capítulo 10 en la cual el autor de la carta exhortó a sus lectores para que miraran las terribles consecuencias eternas que vendrán sobre los apóstatas, los que desechan de manera consciente a Cristo, y les animó a continuar con paciencia el caminar de la fe: “*No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa*” (v. 35-36). Este caminar constante y progresivo de la fe es el que caracteriza a los salvos, es decir, a los que perseveran hasta el fin, y el autor de la carta está convencido que los dubitativos lectores originales de su epístola son “*de los que tienen fe para preservación del alma*” (v. 39).

Todo el capítulo 11 fue una ilustración de esta fe que persevera hasta el fin, a través de testimonios tomados de los creyentes en el Antiguo Testamento.

Ahora, en el capítulo 12, regresa al tema que traía en el 10 y continúa con sus aplicaciones prácticas deducidas de todo lo que enseñó sobre la superioridad de Cristo en los capítulos previos de la carta.

Si Cristo es superior a todo el sistema religioso del Antiguo Testamento, si su sacrificio en la cruz abrió una mejor fuente de perdón, y su sangre purifica y hace perfectos para siempre a los santificados, si su ministerio sumosacerdotal es más efectivo y eterno, si ahora él reina como sacerdote intercesor en el mismo trono y templo de Dios, entonces, no debemos escatimar esfuerzo alguno por proseguir en el camino de la fe, y en vez de considerar abandonar el cristianismo, afirmémonos más y más en él.

Si los creyentes judíos en el Antiguo Testamento lucharon incasablemente por proseguir en la fe en Cristo, entonces, sigamos nuestro caminar sin titubear, puestos los ojos en Jesús, el único camino que nos lleva realmente a Dios.

1. Una carrera que todo cristiano debe correr. *“Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”* (v. 1).

En el siglo I de nuestra era, las competencias atléticas eran muy comunes. Y nuestro autor toma estas competencias como ilustración para animar a sus lectores a continuar adelante en la carrera cristiana. Los cristianos somos comparados en la Biblia como atletas que están en una carrera o en una pelea, de la cual se espera que seamos los ganadores, y recibamos la corona de la victoria:

“Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón” (Sal. 119:32)

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura...” (1 Cor. 9:24-26)

“...Pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:13-14)

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Tim. 4:7).

Muchos cristianos creen que la vida de fe consiste en simplemente profesar algunas doctrinas, asistir al culto del domingo, y disfrutar cómodamente de la salvación. Pero esto dista mucho de lo que la Biblia dice. El camino de la fe está lleno de retos, es como una competencia atlética donde asumimos el compromiso de ganar la carrera. Pero no se puede ganar la competencia sin ejercitarse, sin llevar una vida disciplinada, y sin tener la actitud correcta. Un atleta que no se levanta de su cama todos los días, temprano, para salir a entrenar, que come mucha grasa y alimentos que lo engordarán, que no toma suficiente

agua, que no dedica bastante tiempo a la preparación física y mental; en la carrera sufrirá muchas caídas y es posible que no logre la victoria. Un atleta que anhela ganar la competencia, en medio de la misma, no tomará largos períodos de descanso, sino que, una vez empezó la carrera, avanzará siempre hacia adelante, y cuando siente que las fuerzas se le agotan, mirará hacia el premio, escuchará las voces de ánimo de sus amigos, y acudirá a los últimos alientos que le quedan para impulsarse nuevamente y proseguir, pues, quiere ser el mejor, quiere ganar la carrera, de lo contrario, no recibirá la corona de laureles.

Si los cristianos no vemos así la vida cristiana, entonces estamos perdiendo el tiempo, pues, no es verdaderamente cristiano aquel que no entró en la competencia, y no es verdadero cristiano, el que no anhela la corona que se le da al vencedor. El verdadero cristiano sabe que debe correr la carrera, pero no de cualquier manera, sino como aquel que sabe que no se acepta llegar de segundo lugar. Como dice Arthur Pink: “Temo que en este tiempo, en el cual se odia el trabajo, y se es amante del placer, no mantengamos este aspecto de la verdad lo suficientemente delante de nosotros: nos tomamos las cosas demasiado apacible y tranquilamente. La acusación que Dios trajo sobre el Israel de la antigüedad, puede ser aplicada en gran medida a la cristiandad de hoy día: *<¡Ay de los que viven reposadamente en Sion>* (Amós 6:1). Estar a *<gusto>* es lo puesto de correr la carrera”¹.

La carrera cristiana comienza con el nuevo nacimiento y sólo termina cuando partamos de este mundo. El premio que recibiremos es la gloria celestial y el camino por correr es nuestro transitar por la vida terrena. “La pista está por delante, señalada en la Palabra. Las normas que deben observarse, el camino que ha de ser recorrido, las dificultades que deben superarse, los peligros que deben evitarse, la fuente y el secreto de la fuerza, todo está claramente revelado en las Sagradas Escrituras. Si perdemos, la culpa es enteramente nuestra. Si ganamos, la gloria le pertenece sólo a Dios”².

¹ Pink, Arthur. http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_083.htm Extraído el 27 de Marzo de 2012.

² Pink, Arthur. http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_083.htm Extraído el 27 de Marzo de 2012

En esta carrera no competimos contra los otros creyentes, sino que cada cristiano la corre, luchando contra competidores que tratan de atajarlo y demorarlo en su correr. Contra nuestra carrera soplan fuertes vendavales: La carne, el mundo y Satanás compiten contra nosotros y tratan de llevarnos la delantera para levantar polvo que afecte nuestros ojos, o hacernos zancadilla, o tornar el suelo resbaladizo. Sólo podemos avanzar en la carrera con intenso esfuerzo, pero no podemos darnos el placer de esperar a que la tormenta pase, pues, estos enemigos tomarán la delantera y tornarán cada vez más difícil el avanzar hacia la meta.

2. Obstáculos que todo cristiano debe superar. “*despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia*”. Los atletas, si desean correr con el fin de ganar, deben usar ropa muy ligera. Por lo general se usa un calzón corto y una camiseta sin mangas. Sería para enredarse y caerse al piso si los atletas usaron pantalones largos o se pusieran otros atuendos pesados. Los zapatos deben ser livianos. Se trata de tener encima el menor peso posible.

Despojarse de todo peso y del pecado que nos enreda, significa, que los cristianos renunciaremos a esas cosas que impiden nuestro progreso espiritual, que lucharemos con todas nuestras fuerzas para vencer y superar cualquier obstáculo que surja en nuestra carrera. Si tenemos cosas pesadas en nuestros bolsillos, nos vamos a desprender de ellas, pues, en el camino, nos perseguirán fieros lobos hambrientos, y escucharemos los rugidos de aquel que anda como león buscando a quien devorar.

Este es un llamado a la diaria y diligente mortificación de todo aquello que daña la comunión con Cristo. Si queremos correr bien la senda de la fe, entonces debemos quitar de nosotros todas aquellas cosas ilegítimas que nos quitan tiempo para mantenernos en comunión con Dios. (*Enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente. Tito 2:12*). Esto no significa que vamos a dejar de hacer las cosas legítimas que Dios nos ordena hacer como parte de este mundo, pues, es necesario trabajar, estudiar, dedicar tiempo a la familia, entre otros; no

obstante, si tenemos actitudes incorrectas, hasta las cosas legítimas pueden llegar a ser un obstáculo para la comunión con Dios.

Ahora, el peso que estorba nuestro correr espiritual no hace referencia a las circunstancias adversas, falsas acusaciones que hacen los impíos contra nosotros, enfermedades, un cónyuge incrédulo que se opone a nuestro andar con Cristo, compañeros de trabajo que se burlan de nuestra fe; no, esas circunstancias, antes bien, debieran ayudarnos a correr con más diligencia. Estos son tratos providenciales del Señor para con nosotros, que nos ayudan a ver que estamos en un mundo lleno de pecado, y que es nuestro deber brillar con la luz de Cristo.

Hay muchos pesos que nos imponemos, cuando nos amoldamos al mundo y su sistema de valores. Volvernos adictos a la moda y querer vestir de acuerdo a las últimas tendencias que imponen los confeccionistas de fama mundial, es un peso que te impide dedicarte a lo más valioso para tu progreso espiritual. El tener que mantenerse actualizado con toda la información de farándula, noticias y últimas tecnologías que nos impone la televisión, el internet, el cine o la prensa, es un peso que roba fuerzas para mantenerte en comunión con Dios. Mantenerte en contacto diario con tus contactos a través de facebook, twitter y otras redes sociales, también es un peso que estorba la dedicación diaria a la carrera espiritual. Hablar demasiado con otras personas, al punto de caer en el chisme, la crítica insana y la murmuración, es un peso para nuestro crecimiento cristiano. Comer excesivamente también pesa en nuestra conciencia. En fin, el mundo cada día pone sobre nuestros hombros pesos que estorban nuestra carrera. El mandato del Espíritu Santo es: despójate de todas esas cosas.

En conclusión podemos decir que “peso” hace referencia a todas las formas de falta de templanza o moderación con las cuales usamos las cosas legítimas que Dios nos ha dado para que las disfrutemos. Pero debemos apresurarnos a poner el balance que nos permita equilibrar las cosas, pues, tenemos la perversa tendencia a irnos a los extremos. Disfrutar de las cosas legítimas que Dios nos ha dado en este mundo no es pecado. El cristianismo no aprueba el monasticismo ni el ascetismo, por el contrario, el apóstol Pablo afirma que Dios *“nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos”* (1 Tim. 6:17). Aunque el

pecado más común es irnos a la laxitud, es decir, abusar del uso de las cosas legítimas, no obstante tampoco debemos irnos al extremo de las “abstenciones evangélicas” que nada tienen que ver con el pecado.

Una evidencia de que estamos en la carrera cristiana es que algunas cosas que anteriormente no afectaban nuestra conciencia, ahora se nos convierten en una pesada carga. Muchos que se llaman cristianos nunca tienen cargos en su conciencia, y para ellos todo es legítimo. Es muy probable que, realmente, ellos aún no hayan empezado la carrera cristiana. Ellos no podrán decir como Pablo *“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”* (Fil. 3:8).

Otra cosa de la cual debemos despojarnos es el pecado mismo. Es probable que el autor se refiera al pecado, como fuente de maldad, como la corrupción que todavía llevamos dentro, o a los pecados que todavía llevamos auestas. En ambos casos, la exhortación es a *“hacer morir las obras de la carne”* (Rom. 8:13). No podemos avanzar mucho si consentimos el pecado en nuestras vidas. El pecado es como una piedra o un costal muy pesado que llevamos a nuestras espaldas. Él siempre nos trata de aferrar al suelo, a la tierra, mientras que nuestro llamado es a correr, a ser livianos, a anhelar lo celestial. El pecado es como la ley de la gravedad que ejerce una fuerte presión para que estemos anclados en lo bajo, pero nuestra vocación es lo contrario, ascender hacia lo celestial. Mientras tengamos pecado en nuestras vidas, el imán de la tierra nos atraerá hacia ella.

También el apóstol Pablo exhorta a los creyentes a despojarse del peso del pecado cuando dice: *“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”* (2 Cor. 7:1). O *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”* (Ef. 4:22).

De la misma forma, Pedro, insta a los creyentes para que se despojen del pecado que actúa en contra de nuestra alma: *“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”* (1 P. 2:11).

¿De qué manera nos despojamos del pecado? ¿De qué manera nos despojamos de esa corrupción interna? El apóstol Pablo responde: *“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”* (Ro. 6:11-13). El inicio del despojo de pecado se da cuando tenemos fe en la nueva posición que tenemos en Cristo. Ahora no somos esclavos del pecado, ni estamos muertos en él, sino que a través de Cristo hemos recibido la liberación del mismo y ahora estamos vivos para agradar a Dios. También nos despojamos del pecado cuando *“hacemos morir las obras de la carne”* (Ro. 8:13), cuando buscamos la gracia que nos permita *“renunciar a la impiedad a los deseos mundanos”* (Tito 2:12), a través de la confesión y el arrepentimiento *“En que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”* (Prov. 28:13), y usando diligentemente los medios que la gracia nos concede para andar en una vida santa *“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”* (Gál. 5:16).

3. Una gracia que todo cristiano debe cultivar: *“Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”*

Aunque todos los verdaderos cristianos deben correr la carrera de la fe con esmero, ahínco, esfuerzo, sin cansancio ni desmayo, esto no significa que vamos a pretender llegar a la meta en un corto tiempo. Esta es una carrera que puede llegar a ser muy larga, y sólo terminará cuando se acabe nuestro último suspiro. Siendo que es una carrera para toda la vida, es decir, que durante muchos años vamos a estar corriendo, tratando de vencer los obstáculos, el peso y el pecado que nos enreda, luchando en contra de los vientos huracanados y las zancadillas que nos ponen Satanás, el mundo y nuestra propia carne, entonces, algo que debe caracterizar este correr es la paciencia. Pues, no se trata de empezar, correr fuerte, y luego abandonar la lucha, como si con el fatigado y esforzado correr de un tiempo fuera suficiente. Es necesario llegar a la meta.

Las malas tierras de la parábola del sembrador, crecieron muy rápidamente, pero luego se mostró que no eran nacidos de nuevo, porque murieron ahogados por las aflicciones y los sufrimientos de la vida cristiana. Pero la buena tierra, la que dio frutos espirituales, lo hizo con paciencia o *perseverancia* (Luc. 8:15). Ya el autor de Hebreos nos ha invitado a ser imitadores de los héroes de la fe, los cuales “*por la fe y la paciencia heredan las promesas*” (Heb. 6:12).

¿De qué manera podremos cultivar la paciencia en nuestra carrera cristiana? Este será nuestro último punto.

4. Un estímulo que a todo cristiano debe animar. “*Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos...*”.

La paciencia que es necesaria cultivar en la carrera cristiana, se nutre con los testimonios de otras personas que nos han precedido en la misma carrera. Todo el capítulo 11 de la carta nos muestra el correr paciente de los creyentes en el Antiguo Testamento, que son como una nube de testigos. Ellos no desmayaron, sino que, a pesar de los vientos adversos, se mantuvieron mirando el galardón y lucharon, incluso hasta entregar sus propias vidas por la causa de la fe. Ellos son testigos de que la fidelidad de Dios no falló, antes por el contrario, fueron fortalecidos por el poder sobrenatural que inunda a todos los verdaderos creyentes, y así vencieron a sus enemigos, crecieron en santidad, y llegaron a la meta, recibiendo el galardón prometido. La nube de testigos del Antiguo Testamento son ejemplos para nosotros de fe, obediencia y perseverancia.

Cuando estamos desanimados para continuar en la lucha, entonces debemos recordar a los creyentes que nos han precedido, los cuales tuvieron peores conflictos que los nuestros, pero ellos se fortalecieron en Dios y lograron terminar la carrera. “Nosotros, los que todavía tenemos que caminar en el camino angosto que conduce a la gloria, somos animados e instruidos por la nube de testigos, la compañía de muchos millares de santos, que, en medio de las diversas circunstancias de sufrimiento y tentación, declararon que el justo vive por la fe, y que la fe es la victoria que ha vencido al mundo. Recordar a los hijos de Dios, cuyas vidas quedaron registradas para nuestra enseñanza y consuelo, nos anima, y nos sentimos

confirmados por la conciencia de que, a pesar de que eran pocos y débiles, extranjeros y peregrinos sobre la tierra pertenecemos a un grande y poderoso ejército victorioso parte del cual ya ha entrado en la tierra de paz (Adolph Saphir)”³.

Aplicaciones:

Cada cristiano tiene que decidir por sí mismo, a través del estudio honesto de las Sagradas Escrituras, y buscando con sinceridad la sabiduría de lo Alto, cuáles son los “pesos” que le impiden correr la carrera cristiana. Sin irnos a los extremos, buscaremos aquellas cosas legítimas que estamos usando mal, y que se constituyen en “pesos” para nuestro avanzar en la fe. Ir al cine no es pecado, tener facebook tampoco, ni ver televisión, o leer el periódico; ni tampoco es pecado comprar ropa a la moda (siempre y cuando la moda no esté en contra del pudor y el decoro con que debe vestir el cristiano) o consultar el internet, pero el uso intemperante de los mismos, se convierte en pesos que afectarán nuestra carrera cristiana.

³ Pink, Arthur. http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_083.htm Marzo 29 de 2012